

ya como profesor o como historiador y cronista de Madrid. A hilo de esa vida, se van incorporando hechos, datos y anécdotas de la historia contemporánea, entre los que destaca la llegada de la Compañía de Jesús a Madrid para fundar un establecimiento de enseñanza y la amenaza que ello conllevó para el Estudio de la Villa. López de Hoyos se presenta como un escritor inserto en la vida de la ciudad y al servicio del municipio y de la administración. De ahí su labor administrativa con aprobaciones y censuras o con la *Descripción de Madrid* para la relaciones topográficas de 1575 y su actividad literaria como autor de autos sacramentales o de composiciones cortesanas de diversa índole, ya para los funerales del príncipe don Carlos, ya para el recibimiento de Ana de Austria, ya en la muerte de la reina Isabel de Valois, para las que realizó en 1569 una *Relación de las exequias* con no poca trascendencia para la historia de literatura española. No en vano fue en ese libro donde Miguel de Cervantes vio impresas algunas de sus primeras composiciones y donde aparece como «caro y amado discípulo» de López de Hoyos. Poco o nada se sabe –al menos con certeza– sobre esta relación entre mentor y alumno, aunque llama la atención que el autor del *Quijote* no encontrara ocasión para hacer memoria expresa de aquel maestro, al que Alfredo Alvar quiere ver apuntado en el personaje de don Diego de Miranda.

Para completar su estudio, Alfredo Alvar incluye tres interesantes anexos, el primero de los cuales corresponde a la reconstrucción de un árbol familiar de Juan López de Hoyos. En el segundo, se reproducen algunos documentos, hasta ahora inéditos, correspondientes a su actividad en el Estudio de la Villa, a su labor como cura seglar de la parroquia de San Andrés o al inventario y a la almone-

da de sus bienes. El tercer anexo incluye las portadas de sus obras en distintas ediciones. El volumen se cierra con una guía bibliográfica de los archivos y bibliotecas visitados, de las páginas webs con información pertinente y de la bibliografía consultada. Todo ello se suma en un libro necesario y bien resuelto, útil para el especialista, pero también para el lector interesado, que podrá adentrarse, a través de la biografía de López de Hoyos, en el modelo educativo en el que se formaron los españoles del siglo XVI y que siguió vigente hasta bien entrado el XVIII. Es el mismo en el que se formaron Quevedo, Lope, Góngora o Cervantes y que acaso sirva como invitación para reflexionar sobre la educación en esta España nuestra.

ABIGAIL CASTELLANO LÓPEZ  
Universidad de Huelva

David Álvarez Roblin, *De l'imposture à la création. Le Guzmán et le Quichotte apocryphes*, Madrid, Casa de Velázquez, 2014, 406 pp.

No es asunto menor este de los apócrifos para la literatura española, sobre todo si tenemos en cuenta que, como en este caso, tratamos de la continuación fraudulenta de dos de las obras narrativas más importantes del Siglo de Oro, el *Guzmán de Alfarache* de 1599 y el *Quijote* de 1605. Ya sea para buscar la identidad de los autores apócrifos, ya para indagar en la razón por la que los autores auténticos se animaron a proseguir con su tarea y cerrar el círculo, el hecho es que tanto la continuación del *Guzmán* por parte de Luján de Sayavedra como la que del *Quijote* llevó a cabo Alonso Fernández de Avellaneda han sido objeto de numerosas investigaciones. A pesar de toda la infor-

mación que se ha ido acumulando a lo largo de los años en este campo, hoy nos llega un magnífico trabajo realizado por David Álvarez Roblin, cuyo objetivo es proponer una mirada nueva sobre el *Guzmán* y el *Quijote* y, de manera más general, ahondar en el nacimiento de la novela moderna en España. El trabajo adopta un enfoque singular que consiste en estudiar estas dos obras de la prosa de ficción del Siglo de Oro en relación con sus continuaciones apócrifas.

El libro está dividido en tres partes. La primera se consagra a las relaciones entre las primeras narraciones de Alemán y Cervantes y las prolongaciones literarias que hicieron sus émulos. Por un lado, se examina aquello que en las obras iniciales pudo dar pie a esas continuaciones narrativas, de las que se destaca, además de argumentos extraliterarios como el provecho económico, el anuncio de los propios creadores de una segunda parte. Tanto Mateo Alemán como Cervantes dieron a sus competidores una serie de indicaciones temáticas y formales, señalando lugares adonde se dirigirían sus personajes, introduciendo temas que habrían de desarrollarse en sus segundas partes y dejando al descubierto claves de comprensión de sus proyectos. Por otro lado, se analiza la manera en que esta predisposición se textualizó, pues los dos escritores decidieron pasar a la acción publicando en 1602 y en 1614 las segundas partes del *Guzmán* y el *Quijote*.

Álvarez destaca tres características comunes a ambas continuaciones: en primer lugar, las dos novelas hacen referencia a las aventuras pasadas de los protagonistas para crear la ilusión de que las primeras partes y las continuaciones están cortadas por el mismo patrón; en segundo lugar, los protagonistas funcionan según un «principio de exterioridad», pues sus desplazamientos y sus acciones no son mo-

tivadas por un deseo interior, sino por la instigación de otros personajes y, en tercer y último lugar, Guzmán, don Quijote y Sancho son más «teatrales» que en las novelas originales ya que los continuadores simplifican y acentúan los rasgos más caracterizadores de los personajes.

Para concluir con la primera parte del trabajo, Álvarez se pregunta si los remedadores tenían o no un verdadero proyecto de escritura, distinto del de sus modelos, y concluye, en primer lugar, que Luján y Avellaneda ofrecen un proyecto literario autónomo, que no se confunde con el de sus modelos. Luján reinterpreta la obra de Alemán seleccionando las pistas que son más conformes a su diseño y las trata según su propia lógica: la de un observador de las costumbres más que las de un reformador de estas. Avellaneda, por su parte, introduce tanto inflexiones como innovaciones en comparación con la narración cervantina, lo que da a su texto cierta unidad: su obra resulta más teatral, la burla ocupa un espacio considerable y las desventuras del protagonista —principalmente urbanas— son interpretadas como fracasos de manera más concluyente que en el libro de 1605. Por último, subraya una paradoja y es que, en ciertos sentidos, la escritura de Luján se aproxima más a la cervantina que a la alemana, en particular porque los narradores se muestran irónicamente dubitativos en cuanto a la validez de la acción, mientras que la escritura de Avellaneda parece acercarse al texto de Alemán, en la medida en que sus obras oscilan entre la historia de los errores en los que caen sus protagonistas y la evocación de las soluciones que permiten remediarlos.

La segunda parte del trabajo analiza en qué medida los apócrifos influyeron en las segundas partes de Alemán y Cervantes. Las obras de Luján y Avellaneda parecen ser objeto de una doble condena por

parte de los autores primeros: son criticadas directamente por estos en sus respectivos prólogos y, después, de manera más indirecta, por sus personajes. No obstante, ambos autores se inspiraron de diverso modo en las ficciones rivales, dialogando con ellas y retomando ciertos temas o personajes ideados por sus contrincantes. Para Álvarez Roblin, este fenómeno constituye un cierto reconocimiento de las imitaciones, a las que Alemán y Cervantes otorgan el estatuto de fuentes literarias. El estudio comparado de las respuestas alemana y cervantina permite observar la existencia de tres inercias comunes a ambas. En primer lugar, una dinámica mimética, por la que los novelistas originales se apropian de una serie de elementos con la intención de superar las obras de sus competidores. En segundo lugar, una voluntad de marcar distancias, que se manifiesta, en Alemán, por un refuerzo didáctico y moralizante de la novela, que Sayavedra no tuvo en cuenta, mientras que Cervantes introduce en su discurso una gran dosis de incertidumbre, que afecta también a Avellaneda. La tercera coincidencia se materializa en la aparición de nuevos personajes y situaciones novelescas, así como en una significativa renovación de la escritura.

Al comparar las continuaciones apócrifas con los textos originales, Álvarez Roblin llega a la conclusión de que, si Luján tendía a disolver el proyecto edificante de Alemán privilegiando las observaciones sobre las costumbres de su tiempo, Avellaneda tuvo una cierta propensión a ideologizar el proyecto cervantino. Se observa, asimismo, que mientras los autores apócrifos prolongan las pistas presentes en las obras de los autores originales, estos últimos adoptan caminos simétricamente inversos: Cervantes tiende a reintroducir la imprevisibilidad donde Avellaneda se inclina a establecer je-

rarquías – locura y cordura, refinamiento y grosería– y Alemán, por el contrario, reprende una escritura que juzga demasiado alejada de su aspiración a la ejemplaridad.

La tercera y última parte del libro formula una proposición teórica que permita identificar la noción de continuación apócrifa en España a principios del siglo XVII. Para ello, se parte de una hipótesis obtenida en los capítulos precedentes: el hecho de que existe una cierta afinidad entre la escritura de Luján y la de Cervantes, por una parte, y entre la de Alemán y Avellaneda, por otra. Tras el exhaustivo estudio cruzado, Álvarez Roblin llega a la conclusión de que a principios del siglo XVII coexistían dos paradigmas narrativos, el modelo prismático y el modelo axial. El autor afirma que «mientras las escrituras lujaniana y cervantina se parecen a un prisma que difracta sus rayos en varias direcciones a la vez y aspiran a dar gusto a sus lectores, las obras de Alemán y Avellaneda, en cambio, se parecen más a un eje, que sigue una vertiente demostrativa rigurosa y apunta ante todo a la edificación de los receptores de dichos escritos» (p. 398). Esta afirmación es el pilar que sostiene toda una teoría sobre la escritura apócrifa en el Siglo de Oro, que aquí se denomina «teoría de las dos mitades». El punto de partida es que el autor apócrifo escribe considerando que la primera parte original es la mitad de un todo que aspira a completar con su continuación. De este modo, Luján «cervantiza» su escritura y Avellaneda «alemaniza» la suya hasta convertirse en la mitad fantasma de la obra inicial, en la actualización de las potencialidades que no descartaron sus autores originales. Álvarez subraya que, si nos referimos al *Guzmán* de 1602 y al *Quijote* de 1614, no podemos hablar ni de plagio ni de reescritura, sino de otra modalidad de presta-

mo: el apócrifo, que consiste en una transposición entre los dos grandes modelos narrativos contemporáneos, que completa, según los continuadores, lo que faltaba en la obra original.

Una aproximación a los textos de Luján y Avellaneda permite comprender mejor las razones por las cuales los escritores auténticos no pudieron ignorar las obras rivales en sus respectivas continuaciones. Si, por un lado, la existencia de las novelas apócrifas prueba la vitalidad de las primeras partes, que son fuente de inspiración, por otro, la aparición de estas continuaciones escritas según otro paradigma narrativo es también un indicio de que están incompletas. Para Álvarez Roblin, este planteamiento permite comprender mejor las razones que obligaron a Alemán y a Cervantes a retomar sus propias segundas partes. Sus proyectos originales precisaban de ser revisados y superados, en la medida en que permanecían perfectibles desde la publicación original. Las continuaciones de 1604 y 1615 aspiraban, pues, a completar una labor que, como habían subrayado los apócrifos, quedó inicialmente imperfecta.

Con la publicación de este extenso e impecable trabajo, David Álvarez ha expuesto una teoría sobre la escritura apócrifa en España a principios del siglo XVII que puede ser muy útil para una mejor comprensión de un muy interesante corpus de textos áureos, pero que ofrece, además, una singular visión de los paradigmas narrativos que existían en el Siglo de Oro desde un enfoque novedoso que, sin duda, abre nuevas perspectivas en la investigación.

NATALIA PALOMINO TIZADO  
Universidad de Huelva

Alonso Fernández de Avellaneda, *Segundo tomo de El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, edición de Milagros Rodríguez Cáceres y Felipe B. Pedraza Jiménez, Ciudad Real, Diputación de Ciudad Real, 2014, 420 pp.

Publicada con ocasión del cuarto centenario del *Segundo tomo de El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, la nueva edición al cuidado de Milagros Rodríguez Cáceres y Felipe B. Pedraza Jiménez constituye un hito en la trayectoria editorial moderna de la novela de Avellaneda. Los editores han fijado el texto después de una cuidada valoración de la tradición textual y del sistemático análisis de los lugares críticos y han anotado léxico y pasajes con el fin de «iluminar» el camino del discreto lector. La ausencia de un aparato de variantes y de un *stemma codicum*, que excluye formalmente la publicación del rango de las ediciones críticas, no debe llevar a engaño. La labor realizada y los resultados obtenidos ponen de manifiesto la corrección filológica usada para expurgar el texto de erratas y errores, para proponer fundamentadas enmiendas, para aclarar dudas y afrontar cuestiones textuales o literarias, para precisar matices lingüísticos y esclarecer la sintaxis aurisecular. El lector se dará cuenta de ello en los apartados principales del impreso: la introducción, las anotaciones y, *dulcis in fundo*, el agradecido glosario.

La «Introducción» (pp. IX-XLVII) trata, en un lenguaje preciso y claro, las cuestiones más espinosas: el entorno de la creación, la discutida autoría y la transmisión textual. Se abre debatiendo la relevancia literaria de este *Segundo tomo* frente al primer *Quijote* (1605), en el que se inspiró y al que pretendió continuar Avellaneda, frente a la segunda entrega cervantina de 1615 y, también, frente a